

**HOMILÍA DEL REVMO. P. VICTOR DAMMERTZ, OSB.
ABAD PRIMADO DE LA CONFEDERACIÓN BENEDICTINA**

“Os habéis apoderado de la llave de la ciencia” Lc 11, 52

Queridos hermanos y hermanas!

Hasta hace pocos años existía en Alemania y también en otros países una señal casi infalible con la cual se podía distinguir una iglesia católica de una protestante: las iglesias católicas estaban abiertas todo el día, para todos los que quisiesen entrar a rezar o a visitarlas. Desgraciadamente en los últimos tiempos las cosas han cambiado: también las iglesias católicas, a no ser que tengan ceremonias litúrgicas, están con frecuencia cerradas, especialmente cuando contienen valiosas obras de arte. Por una parte esto es verdaderamente una necesidad porque debemos preservar del robo y del daño los tesoros existentes, mas por otra parte, es también muy deplorable, porque las obras de arte que han sido colocadas para la edificación y la elevación espiritual de los visitantes, hoy, no pudiendo lograr el fin por el cual fueron hechas, no tienen ya sentido. Desilusionados, devotos y visitantes se encuentran frente a puertas cerradas.

Algunos tienen la impresión de que las obras de arte religioso conservadas detrás de las puertas cerradas son una imagen elocuente de la Iglesia en el mundo de hoy: ella guarda los tesoros de la verdad, los tesoros espirituales de la tradición, cuida de que nada se pierda; esto, en verdad, es el derecho y el deber de la Iglesia, pero parece que no alcanza a abrir las puertas; y por eso el hombre que está buscando estos valores ya no puede descubrir estos tesoros, ya no puede vivir de ellos. Sobre la puerta se puede ver aún esculpido en la piedra: “Acercaos a mí todos los que estáis rendidos y fatigados y yo os aliviaré” (Mt 11,28), sin embargo en la puerta se encuentra muchas veces un aviso que dice: “Hoy, cerrado”.

La imagen es naturalmente exagerada, pero hay ciertamente en ella un fondo de verdad: debemos por lo tanto, preguntarnos qué podemos hacer para lograr que los grandes tesoros que debemos cuidar sean accesibles para nosotros y para los demás. Debemos buscar la llave que nos permita ver de nuevo estos tesoros y valores, y esto vale del mismo modo tanto para los tesoros de nuestra fe cristiana como para aquellos de nuestra vida monástica. Si no hacemos esto, puede ser que un día escuchemos el reproche del Señor de habernos apoderado de la llave de la ciencia y de no haber entrado nosotros mismos y haber cerrado el paso a los que estaban aproximándose a estos tesoros.

Participando de este Encuentro e interesado en su programa, desearía relacionar la imagen de la llave que debe abrir la puerta de los tesoros escondidos, con la relectura de aquello que en estos días nos ocupará: la relectura, a mi manera de ver, es la llave que debe abrir para nosotros la verdad antigua de la vida cristiana y monástica. ¿Qué significa relectura? ¿Qué quiere decir esto? En el Nuevo Testamento encontramos un maravilloso ejemplo de relectura, es decir, de una nueva interpretación de textos bien conocidos, mas, ahora a la luz de una nueva experiencia: me refiero al diálogo de los discípulos de Emaús con el Señor resucitado: “Y comenzando por Moisés y siguiendo por los Profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura” (Lc 24,27). Los dos discípulos ya conocían desde hacía tiempo estos textos, sin embargo, hasta el presente no les habían dicho nada. Solamente ahora, después de la Pasión y de la Resurrección, después del encuentro con el Resucitado, se les abrieron los ojos: “¿No ardía nuestro corazón cuando nos hablaba por el camino explicándonos las Escrituras?” (v. 32). Lo mismo se repite después en el círculo de los Apóstoles: “Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras”, y seguía explicando con los textos del Antiguo Testamento el

misterio de su Pasión y de su glorificación (vs. 45 ss.). Advertimos que en esta narración el discurso gira alrededor de la palabra “abrir”, es decir: el hecho de que una puerta que hasta ahora estaba cerrada, ahora se abre. Y es por eso que la llave es una “relectura”, un nuevo encuentro con textos que desde hace tiempo son conocidos y familiares, mas que solamente a través de nuevas experiencias nos abren su sentido pleno.

Naturalmente el encuentro con el Señor Resucitado, como lo tuvieron los discípulos de Emaús y los Apóstoles, sigue siendo una experiencia única, irreplicable. Pero, también en nuestro tiempo y en nuestra vida hay experiencias y acontecimientos que nos abren nuevos caminos de conocimientos. El desarrollo de la política mundial y de la Iglesia, en estos últimos tiempos, nos han abierto nuevas dimensiones. Después de las revueltas, manifiestas y ocultas, de la sociedad de hoy en día, después del Concilio Vaticano II, y del subsiguiente desarrollo en el interior de la Iglesia; después de la “Populorum Progressio” y de la Conferencia Episcopal de Medellín y de tantos otros acontecimientos decisivos de nuestra época, nosotros leemos en una luz nueva los textos que nos fueron transmitidos, lo hacemos con nuevos ojos, con nueva comprensión. Es nuestro deber actualizarlos de acuerdo con nuestro tiempo y con nuestro ambiente, sin falsificarlos jamás.

Este encuentro monástico se ha puesto como meta, en preparación al Centenario de 1980 “la relectura de la Regla de san Benito en el hoy de América Latina”. En estos días queremos buscar juntos la llave con la cual nos sea posible abrir la puerta de estos textos antiguos mas siempre actuales, para conocer cómo “vivir la Regla con espíritu a la vez filial y creativo, auténticamente benedictino y contemporáneo” (*Cuadernos Monásticos* n° 44, 1977, 140). Amén.